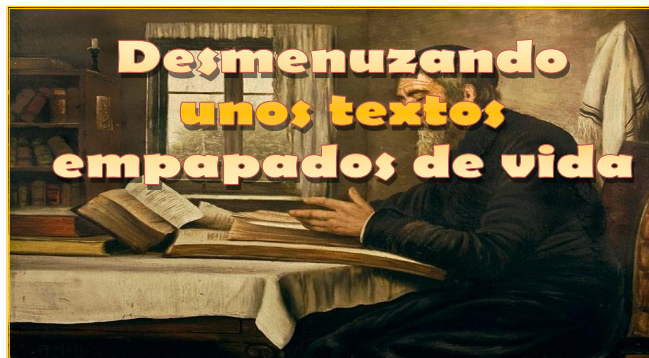




El **“corazón”** de la celebración eucarística es la plegaria del mismo nombre. Se inicia con un prefacio que viene a ser como una gran obertura. Procede del término latino **pre-factum** que significa literalmente *“antes del hecho”*. *“El hecho”* hace referencia a la consagración.

Va precedido de un diálogo, siempre el mismo y de antiquísimo origen, que tiene la finalidad de vincular al pueblo a la oración del sacerdote; de este modo todos, y al mismo tiempo, levantan su corazón *«a las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la derecha de Dios»* (Col 3,1-2).

El Papa Benedicto XVI el 31 de agosto de 2006 decía: *“Debemos elevar nuestro corazón al Señor no sólo como una respuesta ritual, sino como expresión de lo que sucede en este corazón que se eleva y arrastra hacia arriba a los demás”*.

La parte central del mismo, llamada embolismo, es la más variable en sus contenidos y hace referencia a los días y fiestas que se celebran. En ella se proclama con gozo los motivos fundamentales de la acción de gracias, que giran siempre en torno a lo que Dios hace en favor de los hombres:

- a) **Revelarnos su misterio.**
- b) **Indicarnos el sentido de lo creado.**
- c) **Mostrarnos el significado de la obra de su Hijo.**

En el prefacio X para los domingos del tiempo ordinario, de nueva composición, se agradece al Dios del cielo que *“nos has convocado de nuevo en tu casas”*. Nunca va-

loraremos lo suficiente poder estar en Su presencia como familia cristiana. Con un solo corazón y animados por un mismo deseo, le decimos al buen Dios en este día: *“Inclina tu oído, Señor, escúchame”* cfr. Ant. de entrada.

Si deseamos que nos escuche, como fruto de la unidad que siempre produce el Espíritu, es porque le pedimos *“concede a tu pueblo amar lo que prescribes y esperar lo que prometes”*. Así se recoge en la oración colecta que es obra, posiblemente, del papa Gelasio y fue muy utilizada en las celebraciones eucarísticas de la basílica de san Pedro del Vaticano en el siglo VII.

“Amar lo que prescribes”, pero... ¿qué es lo que Dios prescribe? En el evangelio de san Juan encontramos con claridad la respuesta: **«que creáis en el que él ha enviado»**. cfr. Jn 6, 29

En el que se proclama en este día, que tiene un magnífico prólogo en la lectura primera, rumiado con fe, puede aportarnos mucha luz puesto que nos lleva a preguntar:

¿Quién es Jesús?. ¿Quién es Pedro?.

Pedro, en nombre de los Doce, símbolo del nuevo Israel, responde con claridad: **“El Hijo de Dios”**.

Sobre esta profesión de fe se va construyendo la Iglesia a través del tiempo y el Señor nos dice, a su vez, quien es Pedro: **“Sobre el que se edifica la Iglesia”**.



Esto hace que Simón pase a llamarse Pedro por expreso deseo del Maestro. Por mandato de Cristo adquiere en la Comunidad Cristiana una misión, que se explicita en la entrega de las llaves y en las palabras que acompañan.

El Apóstol, y sus sucesores a través del tiempo, ejerce en la Iglesia un ministerio querido por el Señor y, por tanto, hemos de acogerlo con los ojos de la fe. Pedro y los

que le van siguiendo al frente de la Iglesia de Roma han recibido el encargo de asegurar el servicio de la fe, la caridad, la unidad y la misión.

Sin embargo, la Iglesia no es de Pedro, no es del Papa, la Iglesia es de Cristo (**“edificaré mi Iglesia”**). El Obispo de Roma es quien más expresamente ha recibido la misión de animar, discernir, confirmar a los discípulos de Jesús en los caminos del Evangelio.

Cada vez que celebramos la Eucaristía nombramos al Papa, juntamente con el Obispo de la propia diócesis, en el memento de vivos de la plegaria eucarística. De este modo expresamos nuestra unión con ellos y pedimos al Señor, que los *“confirme en la fe y en la caridad”*.

Este recuerdo que se lleva a cabo en la celebración, debería traducirse en una actitud de comunión también en la vida; en una respuesta positiva a su magisterio; en la visión de fe de su quehacer en la Comunidad Cristiana. No se trata de una aceptación ciega de todo lo que dicen o hacen, pero sí de una postura positiva, desde la fe, el amor, la confianza en Cristo y en su Espíritu, que se sirve de los hombres, siempre débiles, para guiar a su pueblo hacia *“fuentes tranquilas”* cfr. sl 22. De este modo se hará realidad la segunda petición que se hace en la mencionada colecta: *“Desear lo que nos prometes”*.

Para san Agustín el deseo es el fondo del corazón y, sigue diciendo el santo, *“tu deseo es tu oración; cesas de orar cuando cesas de desear”*.

En este domingo, la oración colecta pone la raíz de nuestro deseo en la finalidad de lo que se pide en la misma: que *“nuestros ánimos se afirmen allí donde están los gozos verdaderos”*, incluso, *“en medio de las vicisitudes del mundo”*. La profesión de fe, salida del corazón del apóstol Pedro, siempre será la fuente de todo gozo.





Un salmo para rumiar Sal 137, 1.2a. 2bc.3. 6 y 8bc

Te doy gracias, Señor, de todo corazón,
porque escuchaste
las palabras de mi boca;
delante de los ángeles tañeré para ti.
Me postraré hacia tu santuario.

**Daré gracias a tu nombre;
por tu misericordia y tu lealtad,
porque tu promesa supera a tu fama.
Cuando te invoqué me escuchaste,
acreciste el valor en mi alma.
El Señor es sublime, se fija en el humilde
y de lejos conoce al soberbio.
Señor, tu misericordia es eterna,
no abandones la obra de tus manos.**

Con este canto de gratitud, llamado por san Atanasio el "salmo de los bautizados, de aquellos que han sido iluminados", se abre la última colección de los atribuidos a David.

La experiencia de fe del salmista es sencilla y clara: "Te doy gracias, Señor, de todo corazón, porque escuchaste las palabras de mi boca".

San Agustín, en el comentario que hace al mismo, afirma que «el título no nos dice nada más que la persona que lo canta. Será el primer verso el que expondrá la trama de todo el salmo:

"Te confesaré (alabaré, daré gracias), Señor, de todo corazón mi corazón". Aprendamos esta confe-

sión. Sin embargo, quiero recordaros que en las Escrituras la confesión con la que confesamos algo a Dios puede entenderse de dos sentidos: confesión de pecados o confesión entendida como alabanza».

Es la oración, la alabanza, de una persona piadosa (Jasid-יָסִיד), que ha experimentado como el Altísimo lo ha defendido en el momento del peligro y, por tanto, acude al santuario para darle gracias reconociendo el favor recibido en medio de todos. Le llena de una particular alegría el haber experimentado como Dios se fija en los humildes; es lo que vivió la Virgen y así se recogen en su canto. Proclama la fe confesando su Nombre y agradece sus dones. Dos características tiene:

- a) Dios se muestro como lo que es: el que está más allá de todo.
- b) La fe es un don que se ofrece a todos y que se enraíza en el corazón del pobre.

La Iglesia da gracias, alaba a Dios por su misericordia y fidelidad hacia ella. El Padre del cielo ha visto su pobreza y le acrecienta su fuerza, sosteniéndola en los momentos de dificultad y angustia.

Partiendo de esta experiencia pide que no la abandone; sabe por experiencia que Dios tiene el poder de la misericordia y lo usa para ejercerla. San Efrén escribe: «Que te alaben todos los que comprenden tu verdad».

Comprendiendo y gozando con esta verdad, el pueblo cristiano expresa su confianza por medio de una humilde plegaria que, rumiada en el corazón, se transforma en la siguiente súplica:

«¡Señor, no dejes por acabar la obra de tus manos!».

La obra de Dios es que la Iglesia cada día aparezca mas gloriosa; "sin mancha ni arruga... santa e inmaculada" puesto que para que así sea: "Cristo se entregó por ella" cfr. Ef 5, 26-27. De esta manera amaré en ella, en nosotros, lo que ama en su Hijo querido: su total obediencia cfr. Fil 2,8.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo

**Domingo XXI
tiempo "per annum" "A"**

**Un texto para guardar
en la memoria del corazón**



En aquel tiempo, al llegar a la región de Cesarea de Filipo, Jesús preguntó a sus discípulos:

«¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?».

Ellos contestaron: «Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros que Jeremías o uno de los profetas».

Él les preguntó: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?». Simón Pedro tomó la palabra y dijo: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». Jesús le respondió: «¡Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás!, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

Ahora yo te digo: tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que ates en la tierra quedará atado en los cielos, y lo que desates en la tierra quedará desatado en los cielos». Y les mandó a los discípulos que no dijese a nadie que él era el Mesías.